



No necesitamos tener la piel negra

Daniel Arroyave Giraldo  
Estudiante de Filosofía  
Universidad de Antioquia

El poema surge de una investigación autónoma del autor por su origen individual, social y cultural. La búsqueda se inspira en los estudios geográficos, genéticos, arqueológicos, paleontológicos e históricos realizados sobre el origen de la humanidad y de las distintas civilizaciones. La pregunta por la ancestralidad es clave dentro de la estructura poética. La afirmación que lleva por título el poema, es decir, “No necesitamos tener la piel negra”, no es fortuita, ni significa bajo ninguna circunstancia una apropiación cultural. Solo se refiere a que genéticamente cualquiera deriva de un ancestro africano proveniente del Gran Valle del Rift, por eso tiene la responsabilidad crítica, racional, social y personal de manifestarse en reivindicación de sus raíces. En consecuencia: es una necesidad filosófica del autor: saber quién es y de dónde proviene, así como reconocer que el viaje de sus ancestros ha sido intrincado y que, de algún modo, esto marca radicalmente su personalidad y su ser en esta existencia.

## No necesitamos tener la piel negra

Tam, tam, tam, tam.

Sembrados en el Gran Valle del Rift  
por las manos cariñosas de nuestra madre África  
nuestras semillas vieron la luz,  
Brotaron nuestros tallos al este y al oeste  
al norte y al sur;  
y después nos esparcimos más allá del mar,  
a donde nos llevara el viento y el azar,  
a donde nos arrastrara el hambre y la necesidad,  
a donde la inteligencia pudiera  
desarrollar sus patas largas y veloces de avestruz,  
que le ayudaran a atravesar las fructíferas  
regiones del conocimiento naciente  
y dar origen a la humanidad.

Tam, tam, tam, tam.

Nuestro peregrinaje dio frutos

en misteriosos paisajes de este planeta,  
fundamos culturas, construimos sociedades,  
creamos imperios y cultivamos muchísimas religiones...  
todo a base de conquistas, de guerras, de supervivencias,  
de aniquilamientos entre hijos de una misma mujer.

Y así desapareció de nuestras conciencias  
el origen de nuestra estirpe,  
el origen perdido, por allá,  
en las entrañas de la madre África.

Tam, tam, tam, tam.  
No necesitamos tener la piel negra, no,  
para vivir en el exilio...

Tam, tam, tam, tam.  
Ignorantes de nuestra familiaridad,  
de los lazos que nos unían,  
nosotros,  
arrogantes hombres “blancos”, enceguecidos por la codicia  
y la avaricia,  
desgajamos de la tierra las raíces  
de plantas hermanas  
y manchamos con su sangre  
la transparencia de Atlántico.

Tam, tam, tam, tam.  
Encadenamos en “barcos negreros”  
a nuestros compatriotas,  
sangre de nuestra sangre,  
y durante el viaje rompimos la carne de sus espaldas  
con el látigo  
y una cascada de lágrimas rojas  
nutrió y fertilizó el nuevo edén: la América.

Tam, tam, tam, tam.  
Allí, rodeadas de vilezas e injusticias  
de talante “civilizatorio”,

florecieron otras semillas  
crecieron altas y robustas,  
alimentadas por una conciencia suprema: la revolución.

Tam.

Tam.

Tam.

Tam.

Fueron el amparo de todos los seres olvidados,  
y nos recordaron nuestra procedencia  
con sus gritos de emancipación,  
con sus lágrimas y con su sudor,  
con sus bailes y con su sabor.

Tam.

Tam.

Tam.

Tam.

Nos recordaron que nuestros cuerpos  
están entrelazados con las lianas de la selva,  
que somos puentes entre lo terreno y lo divino  
colgando sobre los caudales de la existencia.  
Y así como se derrumbó aquel árbol narrado por las bocas legendarias,  
así mismo ellos también cayeron sobre el cauce impetuoso de la violencia  
y alargaron sus ramas para formar un puente que impidiera  
“kwamba ndugu zetu  
na dada zetu”,  
que sus hermanos y sus hermanas murieran ahogados.

Por eso no necesitamos tener la piel negra, no,  
para que fluyan por nuestras venas todas las corrientes azules del Nilo  
y por nuestras arterias todas las del río Congo;  
para que en todas las direcciones mane el agua  
de una historia milenaria,  
y naveguen las canoas transportando el oxígeno  
hacia nuestras más remotas células.

De esos ríos que corren por nuestras venas  
beben el elefante y el cocodrilo, el lémur y el marabú.

Tam.

Tam.

Tam.

Tam.

No necesitamos tener la piel negra, no,  
para que se alcen como pigargos vocingleros las voces de nuestras almas  
y se escuchan desde que el sol sale  
hasta que lo enterramos en las noches  
en los ataúdes del amor.

Tam.

Tam.

Tam.

Tam.

No necesitamos tener la piel negra, no,  
para contemplar en los cielos de esta América  
los surcos indómitos que van trazando en ella  
las aves de diversos plumajes,  
no necesitamos tener la piel negra, no,  
para que nuestros corazones africanos, dorados como la sabana,  
hogares de innumerables especies, lechos de impetuosas leonas y magníficas jirafas,  
exclamen, jubilosos:  
que somos negros,  
sí, que somos acacias  
cubiertas por la sombra protectora de la noche,  
soles que duermen en los brazos de apasionadas nubes,  
párpados que se han cerrado para soñar,  
para crear un nuevo espíritu que nos infunda vida.

Comprenderemos que nuestra piel  
está hecha con las franjas negras de la cebra,  
y que la rebeldía de nuestra valiente reina Nzinga, robustece nuestros huesos.  
Y que nuestros corazones hacen “tam, tam”, como el yembé de Malí,  
la lejana patria de la cual somos vástagos.  
Y recordaremos que hay un Numu dentro nosotros haciéndonos latir;  
¡latidos graves, medios y agudos cada vez que estamos felices!  
Felices porque sólo bailamos al son de la libertad.

Tam.

Tam.

Tam.

Tam.